

LA HUELGA GENERAL

PERIÓDICO LIBERTARIO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA

Trimestre. . . 1 peseta. — Un año . . . 4 pesetas

EXTRANJERO (Unión Postal):

Semestre . . . 3 francos. — Un año . . . 6 francos
25 ejemplares, 175 pesetas.

Toda la correspondencia al Administrador
Rambla de las Flores, núm. 26, 4.º - BARCELONA

PUBLICACIÓN

Los días 5, 15 y 25 de cada mes

Administración

Días laborables de 11 á 12 y de 16 á 17

Redacción

Lunes, Miércoles y Viernes de 19 á 20

Colaboradores

Bonafulla
Giramunt (Teresa)
Domela Nieuwenhuis
Estévanez
Grave
Gustavo (Soledad)
Henault
Kropotkine
Lorenzo

Malatesta
Malato
Paraf-Javal
Reclus
Robin (Paul)
Salvochea
Tarrida
Urales

Y todos cuantos deseen coadyuvar á la realización de nuestro pensamiento, reservándonos el derecho de no admitir lo que nos parezca que no concuerda debidamente con el plan que nos hemos trazado.

Año Nuevo

Todo lo que en cada español y en cada española, como resultado de las condiciones de la tierra privilegiada y como consecuencia de la evolución progresiva, pudiera haber de inteligente, activo y gallardo, se halla atrofiado, comprimido y deformado por la balumba de errores, preocupaciones, costumbres y vicios que forman como el ente moral de esta nacionalidad, y por el cuerpo de instituciones políticas, jurídicas y económicas del Estado español.

¡Aterra considerar la cantidad de tiranía que esos orígenes de mal imponen á la libertad del individuo!

Apenas da el primer vagido la tierra criaturilla, la Iglesia y el Estado le inscriben en sus registros, con el pretexto de proveer á su salvación eterna y temporal, pero con el verdadero objeto de que quede convertido en manso fiel para la una, en súbdito leal para el otro, en contribuyente para ambos durante su vida; la familia le impone su higiene primero y su educación después, que para cada una es la suma de absurdos y convencionalismos que sobre ese asunto dominan en las clases sociales, en las comarcas y en los pueblos: la sociedad le sonetea á un molde estrechísimo para los que por carácter ó por temperamento tienen energía propia, bastante ancho para aquellos otros que poseen la facultad de adaptación y la necesaria elasticidad de conciencia.

Pasando por tales modificadores,

es decir, moldeado por los dogmas, las leyes y las costumbres, completa el individuo su relativo desarrollo, y, al llegar aquella época de la vida en que debiera brillar con las galas de la alegría y la belleza por el vigor de su organismo y la lozanía de su juventud, se encuentra enclenque, marchito, embrutecido y dispuesto á someterse dócilmente á todas las explotaciones si es hombre ó mujer de las clases bajas, ó á ejercer de tirano y dilapidador si es macho ó hembra de las clases directoras. En ambos casos queda feo, deformado é inútil para el bien, y, lo que es peor, incorregible.

Ahora, si en vista de los males que á cada uno afligen, y queriendo sustraerse á su nociva influencia, se dice una vez más: «Año nuevo, vida nueva», ¿qué valor puede tener esa aspiración constantemente manifestada en diciembre y no menos constantemente fracasada en enero?

Bueno es, sintiendo los deplorables efectos que sobre todos gravitan, querer sustraerse á ellos y aprovechar una fecha de fácil recordación y que de tan sugestiva manera se presenta para hacer del año nuevo punto de partida de nuestra regeneración; pero ¿es posible renunciar de repente á los viejos errores y adquirir por ciencia infusa, y como si fuera uno de los supuestos dones del espíritu santo, la ciencia de la vida?

La verdad es que cada uno tenemos un modo intelectual y material de vivir que, á manera de cuerpo pesado que rueda por una pendiente, no puede detenerse en su curso, á menos de un milagro semejante al que dicen que ocurrió á Pablo en el camino de Damasco: el político que en un momento dado quiera ser sincero habría de proclamar la falacia de su programa, la hipocresía de su conducta y la vileza de sus encubiertos propósitos, y sería abandonado de todos sus partidarios: el explotador que, avergonzado de una riqueza adquirida á costa de los sufrimientos constantes y de la prematura muerte de sus explotados renunciase á ella, perdería enseguida toda consideración y crédito, y se vería despreciado en el círculo de sus relaciones; el

tirano que se arrepintiera de intimidar por el terror y de engañar por la astucia, sería aplastado por las venganzas anteriormente suscitadas; el proletario que quisiera emanciparse de la miseria del jornal y de la humillación de inclinar la cerviz ante el burgués que le alquila, pronto sería despedido y anotado en las listas de sospechosos: que en días de persecución conduca al castillo del Tormento, al destierro al presidio y aun al foso de la fortaleza maldita; la mujer que quisiera seguir libremente los impulsos de su corazón, y, despreciando ídolos y ceremonias, cumplierse digna y racionalmente las leyes naturales, pronto sería la burla de cuantos hipócritas afectan respeto á la moral oficial y rinden secreto culto á los más nefandos vicios.

En el año comenzado, lo mismo que en los anteriores, filtrándose por el Código y los tribunales de justicia y sin incurrir en la nota de ilegalidad, tendremos la usura, la explotación, el fraude, la holganza en los palacios, la miseria en los tugurios de los trabajadores, los honores concedidos al rico, la humillación impuesta á la virtud, todo sancionado por un escepticismo que hace decir á los de arriba «¡vamos tirando!» y á los de abajo «¡si yo fuera rico!»—maldita doctrina que hace á víctimas y verdugos solidarios en la responsabilidad aunque no en los beneficios.

Sólo aquellos que tienen verdadera fe en el progreso; los que no se engañan dándose el título de desengañados; los que saben que los fracasos revolucionarios experimentados hasta el presente se explican por haber dejado subsistentes las añejas causas del mal social; los que saben que cuando la propiedad deje de ser el privilegio para unos y el despojo para otros sobrevendrá la paz y la felicidad para todos sólo esos realizarán la única transformación posible en el año nuevo; sólo esos harán aquella labor impercedera, que, unida á la de sus semejantes en los tiempos pasados, influirá de modo positivo y directo en lo porvenir. Para los demás el año nuevo no será sino una unidad más en la carga de su vicio y un nuevo plazo para sus torpezas.

ANSELMO LORENZO.

Anarquistas y Simpáticos

En las discusiones y en las luchas por ideas, es más útil preguntar al contrario dónde va, que recordarle de dónde me. No es fácil despojarse en algunos meses de preocupaciones arraigadas de larga fecha, y hay quien epta la cosa sin aceptar la palabra; pero la palabra no es más que un detalle, lo que importa sobre todo es la cosa, á que se muestran dispuestos á aceptar cosa, siempre que se les explique de manera que puedan comprenderla, conviéndoles tenderles la mano y abrir los brazos para cibirlos, en vez de rechazarlos desprecia- vamente so pretexto de que vienen de un apo que no es el nuestro, ó porque no aciben el ideal de la misma manera que nosotros los concebimos.

He aquí por qué, estando de acuerdo con la interpretación que de mis declaraciones Londres hizo Urales en *Suplemento*, y, en todo, con las explicaciones tan claras y hermosas que Anselmo Lorenzo, mi her- moso amigo y compañero, hizo en el ar- tículo «Definiendo», publicado en *La Res- ta Blanca*, no participo de los temores ue les causa la aproximación á nuestras leas de los que Lorenzo llama tan crue- lmente «la banda de políticos que se nos a echado encima», olvidando que entre la bandada se encuentran hombres de bue- a fe con cuyo apoyo nos hemos sentido ichosos en días de terribles pruebas; hom- res que nos proporcionarán aún la felici- ad de encontrarlos á nuestro lado en el amento de la gran batalla (1).

He aquí también por qué estoy lejos de articipar de la opinión emitida en estas olumnas por nuestro compañero Malato bre esos elementos «simpáticos» que se acercan á nuestras ideas y frecuentemente as defienden sin decidirse á aceptarlas ompletamente; sobre esos pensadores que están casi con nosotros y cuya indepen- lencia le parece tan repugnante, atribuyéndola á debilidad, á un cálculo interesa- lo ó al miedo.

Esto, que puede ser verdad en ciertos asos, no está probado que lo sea siempre. Entre esos pensadores que se acercan á nuestras ideas sin tomar el nombre ó sin aceptarlas todas, se encuentran los Octave Mirbeau, los Lucien Descaves, los Urbain Gohier, los Zola, los Clemenceau, los Ibsen, los Walter Crane, los Edwar Carpenter, los Pedro Dorado, los Nicolás Estévez y tantos otros escritores y luchadores cuya bue- a fe no puede ser puesta en duda. Las Diferencias, cada día menores, que pueden separarles de nosotros son debidas en todo caso, á su convicción, al pensamiento ínti- mo, sobre el cual Juan Grave ha escrito con estricta justicia en su hermoso libro sobre *La Anarquía*:

«Respecto al pensamiento íntimo de cada uno, los anarquistas comprenden que cada individuo no puede pensar de otro modo que como lo permite su propia mentalidad; no verán inconveniente en que ciertas gentes se reúnan en edificios especiales para dirigir oraciones y alabanzas á un ser hi-

potético, mientras no traten de imponer sus creencias á los otros.

«No esperan el triunfo de la razón sino de la cultura de los cerebros, poseídos tam- bién por experiencia propia que la fuerza y la compasión no logran sofocar la idea.

«Libertad absoluta en el dominio del pensamiento.»

Por otra parte conviene no olvidar que hay entre nosotros individuos que se llaman anarquistas sin serlo, que únicamente se proponen cubrir con un hermoso manto la manifestación de pasiones egoístas ú odiosas que nada tienen que ver con la emancipación y la libertad de la multitud; mientras que fuera de nuestro campo hay individuos que son verdaderos anarquistas sin darse cuenta de ello.

De estos últimos podría citar ejemplos á montones, algunos bastante conocidos. He aquí uno verdaderamente chocante. El almirante francés Réveillère, un pensador ocupado de problemas sociales, acaba precisamente de crear una nueva escuela á la que ha dado el nombre de «Autarquias», de la cual da esta definición:

«El desarrollo de la energía individual debe ser el objeto de las instituciones so- ciales y políticas; hacer que cada uno dé el máximo, todo consiste en eso. El ob- jeto es el progreso intelectual y moral del individuo; la sociedad no es más que el medio. Para el autarquista el único progre- so digno de este nombre es el desarrollo de la facultad que tiene el hombre de gober- narse á sí mismo.»

Evidentemente conocemos algo que se le aproxima, y podría objetarse al almiran- te Réveillère que no era necesario fabricar un nuevo sustantivo. Pero esto sería, con- venimos en ello, regatear sobre intenciones reconocidamente excelentes. Lo que caracte- riza el sistema que nos expone, y que en resumen no nos desagrada, es un odio vi- geroso hacia el Estado y su pretendida fun- ción social. «Hay dos doctrinas frente á frente, explica este marino que navega con tanta seguridad sobre el océano de la so- ciología y de la política como antes al frente de una flota acorazada sobre los mares de la India y de la China, la de la omni- potencia del Estado que es propiamente la doctrina monárquica; la otra que parte de este principio. «Nadie puede delegar de- rechos que no tiene.» Esta última es esen- cialmente la doctrina de la autarquía: lo que está prohibido á todos no puede ser permitido al Estado.»

Verdaderamente, en tanto que Réveillère continúe siendo almirante, lo mismo que el inolvidable Pi y Margall mientras fué diputado, no podemos considerar á aquél, como no pudimos considerar á éste, como formando parte del partido anarquista mi- litante, el cual no admite almirantes ni di- putados; pero está fuera de duda que Ré- veillère en el fondo es un anarquista que se permite la fantasía de llamarse autar- quista, como Pi y Margall era un libertario que se daba el calificativo de federal.

En lugar de rechazar estos elementos «simpáticos» debemos, por el contrario, y esta es una apreciación personal, hacer to- dos nuestros esfuerzos para demostrarles que nos proponemos el mismo objeto. Y esto podemos y debemos hacerlo sin adju- rar de ninguno de nuestros principios, ex- plicándolos y despojándolos de toda exa- geración, de toda nebulosidad y aun á los elementos que son sencillamente nuestros vecinos, sin confundirse con nosotros, de- bemos ofrecerles un pacto de alianza, no para ayudar á malos pastores á crearse posicio- nes sobre los sufrimientos del pueblo, sino

para ofrecerles sin confusión nuestro apoyo leal para la obtención de un objetivo común, como nosotros hemos utilizado el suyo cuando lo hemos creído conveniente ó ne- cesario.

Véase lo que ha escrito recientemente nuestro Eliseo Reclus en la *Contemporary Review*, de Londres:

«En cuanto á nosotros, anarquistas, no nos separamos jamás del mundo para edifi- car una capillita oculta en los bosques. En todas partes hay luchas que reclaman nuestra presencia y permaneceremos en nuestro puesto prontos á llevar nuestro apoyo allí donde sea necesario. Sabemos, además, que hay muchas gentes que, por rutina ó por ignorancia, nos combaten hoy y que acabarán por abrazar nuestra causa. Para cada hombre á quien las circunstan- cias permiten ó aconsejan unirse á nosotros, hay miles á quien las necesidades de la vida ó las contingencias de la lucha retienen alejados, pero que miran el porvenir, aman nuestras doctrinas y guardan nuestras pa- labras en el fondo de su corazón.»

A ellos, á esos «simpáticos», tanto como á los que se llaman ya francamente anar- quistas, me dirigire igualmente exponien- do, en el próximo artículo, el programa libertario tal como lo entiendo y tal como lo entienden, así lo creo al menos, la in- mensa mayoría de los anarquistas del uni- verso.

FERNANDO TARRIDA.

Vamos al Objeto

Los revolucionarios conscientes, los que ven en la revolución algo más que un tiroco entre soldados y paisanos, algo diferente de un cambio de deco- ración y de personal directivo, deben cuidar mucho de no extraviarse en caminos de travesía.

Más peligrosos aún que el mismo enemigo, son los hombres que, cre- yendo quizá aportar un concurso efi- caz al movimiento, le hacen perder su verdadero carácter.

La revolución, tal como nosotros la concebimos, será más que obrera, es decir, no se limitará á la transforma- ción económica, será humana, inte- gral, y renovará el arte, la literatura, la ciencia, desprendiendo, no de dog- mas sobrenaturales, sino de los hechos mismos, una nueva moral.

Convenido.

Sólo que es preciso comenzar por el principio: para edificar se necesita una base.

Al lado de los ambiciosos calculado- res, de los falsos entusiastas que, á la aproximación de las grandes conmo- ciones, consultan el viento para adel- tantarse á los sucesos y convertirse después en privilegiados bajo nueva etiqueta, — todas las revoluciones bur- guesas nos han ofrecido ese espec- táculo, — hormiguan los dilettanti, los snobs, los que ven en la revolución el aparato exterior y no otra cosa: un espectáculo más interesante que un estreno teatral, más sensacional que una corrida.

De muy distinto modo comprenden las cosas.

Sin prescribir ni pretender empe-

(1) Aquel hombre de buena fe es nuestro compañero Tarrida, el cual disculpa por su parte la nota de ingratitud que injustamente me echó, porque ignora que los políticos de la comabida bandada, constituidos en conjura anti-proletaria unos y con miras no declarables otros, no aceptan nuestro ideal ni quieren nuestra compañía, lo que pretenden es nuestra obediencia. Más que trabajadores conscientes y emancipados, lo que buscan es seguidores y seguidores para sus periódicos y volantes para sus candidaturas. — Nota de Lorenzo.

queñecer en lo más mínimo la participación que puedan tener el entusiasmo, la imaginación, los movimientos pasionales (¿no somos nosotros apasionados por nuestro ideal y no hay un fondo de romanticismo hasta en los más metódicos de entre nosotros?), no queremos entregarnos á merced de efervescencias sin continuidad. No queremos ser sorprendidos por lo imprevisto ó al menos nos proponemos restringir todo lo posible el campo de lo imprevisto.

La revolución tendrá sus saltos, que, más de una vez, nos desconcertarán. Las resistencias de nuestro doble enemigo Poder-Capital, las preocupaciones de la multitud, sin contar mil otras causas secundarias, imprimirán al movimiento aspecto desordenado; eso es inevitable, y no hay que desconsolarse por ello; porque, harto sabido es ya que las revoluciones profundas no se harán conforme un plan previamente preconcebido, sólo pueden preverse.

Preveamos pues.

Es preciso que cuando los trabajadores cansados definitivamente del jornal, los sin trabajo, cansados también de morir lentamente de inanición, levanten su cabeza á impulso de una resolución, sepan lo que deben ser. Es necesario que sean guiados, mejor que por hombres falibles, aun los mejores, por una idea clara y directiva.

Cuando aquellos que en sí y en su descendencia están condenados á las penas de la fábrica, de la mina, del campo ó de cualquiera otra manifestación de la explotación capitalista para hacer rentas á los ociosos, se hiergan enérgicamente negándose á continuar un momento más su vida de servidumbre, no será oportuno entretenerse en discutir literatura ó estetismo, sino que se impondrán las soluciones inmediatas y rápidas, porque los mausers de los civiles no dan tregua.

Organización y desvinculación: esas son las dos acciones inmediatas y paralelas que deberá ejecutar el proletariado; la primera como medio de ataque y de defensa; la segunda como práctica de un derecho hasta entonces desconocido y castigo impuesto á los defraudadores.

Después de un período tumultuoso que, con momentos de desaliento y complicaciones no calculadas, podrá ser más largo que lo que se imaginan los optimistas, se podrá disertar muy agradablemente sobre una multitud de cosas. El bienestar y la tranquilidad producirán seguramente, al cabo de cierto tiempo, una humanidad más fina y culta que la actual y mejor dispuesta para interesarse en las especulaciones del pensamiento, y, claro está, será posible entregarse al recreo, al estudio y al amor sin haber de conjeturar á está terrorífica pregunta: «¿Comeré mañana?»

No es menos cierto que el esfuerzo inmediato deberá dirigirse al terreno económico: desposesión de los parási-

tos, incautación por los grupos obreros de los instrumentos de trabajo, las minas, las fábricas y almacenes, las grandes propiedades territoriales ó inmuebles, los medios de transporte, todo lo cual cesará de ser monopolizado por algunos para convertirse en propiedad colectiva é indivisible con el mismo título que el aire y el calor solar.

Y como el Estado, firme baluarte de la explotación capitalista, se verá forzado á intervenir con sus soldados y sus civiles, es preciso tratar sin vacilación ni rodeos la preparación y las fases de una acción violenta, que podrá ser corta ó larga, favorable ó adversa al proletariado, según que éste haya generalizado su esfuerzo, constituido focos de actividad, dado conciencia á los diversos géneros de trabajadores de la solidaridad de intereses que les une, según, en fin, se haya penetrado en la conciencia del soldado, triste máquina de muerte, para persuadirle que, hijo de desheredado, desheredado también, no debe ejercer su profesión contra sus hermanos.

Cuando este trabajo preliminar, infinitamente más urgente que las discusiones de ética, se haya realizado, la revolución se hallará en la buena vía.

CH. MALATO.

Prudencia Procreadora

La huelga general, idea esparcida hoy con fuerza é insistencia entre los trabajadores conscientes, anuncia la ruina del régimen capitalista que tantos siglos hace tiraniza á la humanidad.

Contra ella, la ínfima minoría de plutócratas que ocupa la cima de la clase de los opresores tiene un recurso que siempre les favoreció y con el cual cuenta aún: *la imprudencia procreadora de la masa*, la imprevisión funesta con que los proletarios traen al mundo muchos hijos, de los cuales un gran número mueren en las primeras edades después de haber sufrido horriblemente y haber hecho sufrir á cuantos les rodeaban; los sobrevivientes irán en su mayor parte á reforzar el lúgubre rebaño de los degenerados resignados, cuya inercia dificulta las reivindicaciones viriles, y el resto pasará á las filas de los sayones que sostienen á los gobiernos.

El primer capítulo del programa de la emancipación de los trabajadores, sin el cual todos los demás serán estériles, consiste en la prudente limitación de las familias, en la procreación de un corto número de hijos.

¡Ah! los ricos se arreglan perfectamente sin privarse de ninguna de las alegrías del amor y de la familia, para no tener hijos sino cuando quieren tenerlos, lo que la mayor parte de los pobres ignoran, y esta ignorancia da por consecuencia fatal una indecible agravación de miserias.

En lo sucesivo es preciso que los tra-

bajadores y sobre todo las mujeres comprendan que lo conveniente es tener pocos hijos; que sepan que la ciencia fisiológica, que una higiene especial bien entendida les permiten llegar á ese resultado sin privarse de las legítimas satisfacciones sexuales, y muy al contrario haciéndolas posibles á muchos hermanos y hermanas que actualmente se ven privados de ellas en absoluto ó relativamente. Es necesario que los que saben esparzan entre los pobres su ciencia salvadora y regeneradora, y que por doquiera donde dignos humanos trabajen para suprimir la miseria y la opresión se establezcan ligas como las de Inglaterra, Holanda, Alemania y Francia para enseñar á los desheredados los medios de no tener hijos cuando se vean sin probabilidades de criarlos bien y educarlos debidamente.

De ese modo, cuando juzguen, después de madura reflexión, útil tener hijos podrán hacerlos dichosos y por consecuencia buenos, los cuales llegarán á ser, no aliados de los opresores sino generosos defensores y salvadores de la humanidad.

PAUL ROBIN.

Habrá sangre? - Sí; mucha

No es que nosotros deseemos una revolución sangrienta. Hartas pruebas tenemos dadas de amor á la humanidad para que se nos crea sanguinarios.

La publicación que nos honra imprimiendo nuestros sencillos escritos vino al palenque de la prensa, precisamente para hacer estudiar el capital asunto de la huelga general, más que en son de guerra, con ánimo de hallar una solución eficaz al tremendo conflicto social, que hace de la vida de lo más una existencia llena de sufrimientos y privaciones.

Daremos á luz artículos y folletos doctrinarios y de táctica tantos cuantos sean menester para que los obreros y demás desheredados se capaciten de su fuerza y de su poder. No somos impacientes ni hay para qué. Bien sabemos que será larga nuestra jornada; pero no dudamos que obrando metódicamente, al final de ella hallará abundante el fruto.

Como los consejos que da Cruz en otro lugar de este número, lo mismo que los de los otros compañeros, no echarán en saco roto, es indudable, seguramente, que llegará un día en que el proletariado se vea bastante organizado para dar el quien vive á la burguesía, y entonces acacerá el momento más grande que historia le ya mencionado.

Los acaparadores de la riqueza: propietarios, fabricantes, banqueros etc., etc. y sus sostenedores: militares, jueces, policías, etc., etc., en vez de ser razonables entrando en negociaciones y de ser inteligentes tratando de coadyuvar al cambio de régimen explotador por uno de fraternidad.

daridad, querrán oponer resistencias, quedados detrás de los pechos de guardia civil y soldados que no han sido contaminados por nuestra propaganda, y entonces, naturalmente, represalias serán terribles.

¡Qué furias desencadenadas, como de repente saliesen de sus tumbas millares de víctimas muertas de hambre ó asesinadas por todas las intenciones gubernamentales, ávidas de venganza feroz, cual torrente devastador se cechará la masa popular sobre tantos obstáculos se le opongan á su reivindicación suprema, y entonces sí y la sangre correrá y se despararrará por doquier...

¡Qué lamentos! ¡Qué imprecaciones eternas!

Serena, firme y sin inmutarse seguirá su camino la Revolución triunfante, sin deplorar acaso la sangre derramada, hija la mente en la nueva era de la justicia que con el último baño de sangre humana se instaurará por primera vez, dando origen á una sociedad realmente digna de ser vivida.

CERO.

La Huelga General

en lo que afecta á las vías férreas

Se afirma corrientemente por quienes no elen tener más noción de las cosas y de los chos que por lo que se desarrolla delante su retina y no haciendo intervenir para da su mentalidad, que la huelga, medio lejano que el explotado ha de poner en acción para lanzar carga que no debe soportar, de imposible realización en los ferrocarriles.

Error enorme que propalan por cuenta suya y con el peor fin; porque si no queremos volver los ojos hacia los últimos recientes triunfos de nuestros colegas ingleses y norteamericanos, y aun la amenaza de ella en Suiza (que fué un triunfo colosal) recordamos que en 1872 fué general en todas las veas españolas, aunque exclusiva de mineros y fogoneros, ganándola en las Compañías de M. Z. A.—Z. P. B. y Norte y caudolas un perjuicio por paralización de tráfico é inutilización de material ocasionada por los *esquiroles* de más de 15 millones de pesetas á pesar de su escasa duración.

Por no ser general y por no adoptar á tiempo las medidas precisas, dejándose además ar por los políticos, fué un desastre la de 300 en M. C. P. y Oeste de España.

Entienden otros con muy trivial criterio, que se precisa la caja de fondos (?) y no rean que las municiones del enemigo están en la relación de 1 á 100,000.

No hay huelga más fácil, ni de mejores resultados para llegar á la meta, que la de ferrocarriles y la de la navegación.

En ellos no interviene el Estado sino á título de inspector, así el capital no representa otro papel que el del vampiro.

En ellos todo es masa obrera en las distintas divisiones del trabajo Tracción, Vía y Obras, Minas, (las que las tienen propias), Explotación y Movimiento, Tráfico, Talleres y Oficinas de suministros y directivas. La obra de la expropiación y reversión sería la obra de 24 horas.

De su realización hecha con plan definido, sobrevendría la total paralización de la vida industrial, puesto que todo quedaría en suspenso en todo el país, y sería general para todos los oficios.

**

No se comprende, pues, como hay entre tan numeroso ejército, tan disciplinado cuanto tímido, hombres que se quejan de su tris-

tísima situación y de una explotación tan continua como su vida, cuando en su mano tienen el remedio, organizándose para la lucha, y dejándose un poco de las cajas de resistencia viudas é inútiles, que todo lo más, son causa del retraso que sufre la hora de su verdadera emancipación por el trabajo libremente organizado.

Si tal se hiciera hoy, y se fijara la labor diaria en ferrocarriles en solas diez horas, hallarían ocupación inmediata 30,000 trabajadores que representan en familia 120,000 individuos sujetos á los azares de una vida de hambre y abyección.

Y es esta ya una cuestión de altruismo por lo que, es preciso que todos, con la mano sobre el corazón nos juramos trabajar para su pronta realización, siendo además palanca que resolverá la cuestión candente en todos los demás oficios por las razones expuestas.

¿Qué el gobierno ofrece coacciones, que se pone de parte del patrono, del capital y pone en su mano los fusiles y los acorazados y los castillos...?

Se ha escrito y platicado lo suficiente, hay harta doctrina, y no se necesita sino ejecutar.

¡Ven acá ingenuo! ¿Dónde están esas cárceles para todos nosotros; dónde esos dos millones de soldados y policías; dónde quien mueva esos millones de máquinas?

Si no hay pan, ni luz, ni aguas, ni transportes, ni nada, en fin... ¿quieres creer que habrá ninguno (explotados como nosotros) que ose salir á la calle?

Ya te lo he dicho antes. (24 horas!) Eso es lo que duraría la solución del que á ti te parece problema tan pavoroso y tremendo.

La paz y la fraternidad serían un hecho, y empezáramos á ser hombres.

Precisamente por lo que asusta ese aparato de fuerzas, es por la pequeñez de los movimientos que sólo tienen hoy de útiles el mantener vivo el espíritu de solidaridad, de insumisión y de rebeldía.

LUIS ZURDO OLIVARES.

La Federación de Oficios

y la Huelga General

La tendencia que en los tiempos presentes manifiesta la clase proletaria por la huelga como medio de reivindicación, obligamos á pensar en el modo más adecuado y expeditivo (compatible con el estado social de la susodicha clase,) para conseguir el fin propuesto de generalizar la huelga y neutralizar la acción de los gobiernos.

No es bastante, en mi sentir, la organización de las sociedades de resistencia en una vasta federación de oficios, si, como hasta aquí, la solidaridad obrera se ha de hallar circunscrita á las secciones que constituyen las federaciones locales. Esto permite al poder gubernativo reunir fuerzas en determinadas localidades, contando desde luego con la tranquilidad de las otras, las cuales, lejos de responder al llamamiento de sus hermanos en sufrimientos permanecen en una pasividad desesperante ya que no en la más punible indiferencia.

El obrero, para despertar de su amodorramiento, necesita ser picado directamente ó conmovido por un gran impulso. De otro modo sólo una pequeña minoría se preocupa por la suerte y el porvenir del trabajo y de la sociedad.

Para obviar este inconveniente, es decir, para interesar más directamente al obrero de localidades distantes, buscando la extensión aun más que la intención en las huelgas, es por lo que proponemos la federación de las sociedades de un mismo oficio en vastas federaciones regionales, y aun internacionales.

Sin perjuicio de la existencia de una federación regional, sino que, por el contrario, vitalizándola más y más, las federaciones de oficio contribuirían á la extensión del movimiento obrero en proporción extraordinaria.

Supuesta la existencia de las mencionadas federaciones por el pacto solidario se ofrecería el caso de que cuando en una localidad un oficio cualquiera creyera de utilidad la huelga

todas las secciones domiciliadas en las diferentes poblaciones apoyarían con idéntica actitud á aquélla motivo del conflicto. El gobierno en caso semejante vacilaría en acumular las fuerzas en lugar determinado porque, aun siendo en algunos puntos de escasa importancia el movimiento huelguista por el número y la actitud, entrañaría un gravísimo peligro por el temor de que fueran secundados por los obreros de los demás oficios. Carecería entonces la burguesía de su primer sostén; y, ó cedería á cuantas demandas se le hicieran, ó sucumbiría en una conflagración general provocada por sus intemperancias ó intranquicias.

Además — y esta es la principal mira que en el caso que estudiamos debe guiarnos — sería mucho más fácil la tan preconizada HUELGA GENERAL, habilitándonos para realizar y sostener la expropiación burguesa en favor del trabajo y en beneficio de todos. La nueva organización social encontraría algo más práctico ya realizado y sería más fácil su inmediato funcionamiento.

La obra no dudamos que ofrece ciertas dificultades; pero éstas son menos que las que presenta la constitución y sostenimiento de la Federación Regional de positivos resultados en la lucha en que nos hallamos empeñados con el poder y la burguesía.

Inténtese, pues, y veremos como el obrero en general la acoge con mayor simpatía que las organizaciones hasta el momento actual existentes.

A. CRUZ.

A grandes rasgos

Los gobernantes y los burgueses, todos unos, oponen todos los medios á su alcance para que el obrero se instruya y se una á sus compañeros, para alcanzar el objeto de la vida. ¡Vano é insensato propósito! Esa es la utopía burguesa. ¿Qué perderían esos imbéciles con dejar de serlo? ¿Gozan acaso hoy de la vida? No; viven aturdidos, no dichosos; no pueden comprender lo que es la dicha y el goce los que viven divorciados de la naturaleza, de la razón y de la justicia, y en un ambiente de artificios que les obsesiona. Desde que se apropiaron de lo que era patrimonio de todos han vivido en continua zozobra, y si alguna vez después de poner en práctica el fuego, el plomo, la horca y la tortura se han creído seguros, esperanzados de haber dado muerte al espíritu de libertad, los inextinguibles destellos de esta inspiradora del progreso les han demostrado lo contrario. Considerando insuficiente el terror, han acudido á otro medio, cobarde como cosa suya, á la traición. Alejado el explotado en todos los tiempos, de todo medio de instrucción, fácil fué á los tiranos alistar sayones y verdugos para su servicio. Fantásticas nos parecen hoy las conspiraciones de los antiguos revolucionarios, por más que comprendemos, no sólo la necesidad de obrar así, sino también su valor y su abnegación. Las reuniones más secretas eran al fin descubiertas y numerosas víctimas pagaban con sus vidas el delito de pensar. El progreso como impulsado por la ola de sangre de sus partidarios, seguía no obstante su incesante marcha.

Las revoluciones ó movimientos que como tales consigna la historia, se han producido por dos fuerzas poderosas: la abnegación y la ambición. Combinadas ambas derrumbaban una tiranía y ponían otra en su lugar. Los abnegados, en su cándida buena fe se contentaban con las propias manifestaciones de su entusiasmo, mientras los ambiciosos, los mercaderes de la política, adornaban con aparentes galas reformistas su mercancia. Así la revolución francesa, si derribó la aristocracia de la sangre, la reemplazó con la del dinero, y el trabajador, si goza de alguna mejora, se la debe á sí mismo, porque la clase dominante todo lo acaparó para sí, y sus reformas políticas sólo alcanzaron á convertir el siervo en proletario, distante siempre de su debida participación en la riqueza social. Quéé, como conquista verdadera del pro-

goso la destrucción del derecho divino.

Hundido para siempre ese supuesto derecho, queda subsistente el capital, pero contra él va directamente el proletariado que en abierta lucha y franca propaganda, en el periódico, en el libro, en la sociedad obrera, en el mitin y en la plaza pública conspira contra el Estado, el ejército, el clero, la burguesía en general, y va á la justificación humana y á la felicidad de todos.

Las organizaciones verdaderamente obreras inclinan todo su cuidado á la instrucción. Dedicán á su desarrollo sus fondos, creando escuelas libres, editando folletos y sosteniendo publicaciones obreras, compenetrados de que la instrucción es el medio que consolidará propósitos regeneradores impulsándoles á una labor universal más grande y fecunda. La huelga general será la batalla decisiva y á ella vamos á pasos agigantados. ¿Qué significa la huelga general? ¿Servirá tan sólo para burlar unos días, sostener colisiones, llegar á la vacilación y que los enérgicos vayan á la cárcel y los mansos vuelvan al trabajo, pronunciando viles excusas? No; no debe ser así, y para que no sea, hemos de hacer los trabajadores grandes ejercicios de cerebro para formar un plan de seguros resultados; propagar sin cesar entre los nuestros hasta llevar el convencimiento á buen número de compañeros, ya que aunque la mayoría no llegue á ser consciente, basta y sobra para el triunfo con un diez por ciento de convencidos. En otro artículo expondré mi criterio sobre los trabajos que debemos realizar para que la huelga general sea provechosa.

TERESA CLARAMUNT.

El Proletariado

En la antigua Roma, dióse el nombre de *proletarios* ó *engendradores de niños*, á los ciudadanos que formaban la sexta y última de las clases en que se dividía la población, y que por su extrema pobreza se hallaban exentos de todo tributo, no considerándose útiles á la república, más que por los hijos que engendraban. No deja de parecer extraño que los romanos, que tan justa idea tenían de la importancia de la población, como lo demuestran sus leyes contra el celibato, se sirvieran del apodo de *engendradores de niños*, para estigmatizar la última clase de los ciudadanos, ó sea la más despreciable para ellos. A falta de otra prueba, según observa un escritor, esto bastaría por sí solo para demostrar que la república romana era puramente aristocrática, habiendo conservado del despotismo monárquico todas las instituciones que pudieran favorecer á las clases privilegiadas.

El origen del proletariado, se remonta á Servio Tulio. Este príncipe dividió la población en seis categorías, clasificando los ciudadanos con relación á la fortuna que poseían. Esta clase, que puede considerarse como la intermediaria entre la condición de los esclavos y la de los hombres libres, era la más numerosa de todas, y comprendía á todos aquellos ciudadanos cuya fortuna ó haber no alcanzara la cantidad de 11,000 ases. Imposibilitados de poder contribuir á las cargas del Estado, éste les eximía de todo tributo; ni siquiera les concedía el honor de poder empuñar las armas, porque el servicio militar se hacía en aquellos tiempos á expensas de los mismos ciudadanos: la república, la gran consumidora de hombres, únicamente les pedía una cosa: *prolem* (prole), de donde les vino el nombre de *proletarii*; y si alguna vez apelaba á ellos, era tan sólo en caso de extrema necesidad. Pero muy por debajo aun de éstos y en una condición mucho más infeliz y humillante, se agitaba la innumerable y envilecida multitud de los esclavos, que, privados del disfrute de todo derecho civil, no se contaban ni entre los libres, ni entre los naturales, sino que á pesar de su título de *hombre* (*homo*), eran clasificados como *cosas*, entre las propiedades de sus dueños. Más tarde, cuando la extensión de las conquistas puso á Roma en la precisión de contener el mundo bajo su autoridad, vióse la

república en la dura alternativa de tener que llamar á las armas, no ya á los proletarios, sino hasta á los mismos esclavos y extranjeros, teniéndose que resignar por último, la orgullosa aristocracia, a combatir al lado de aquellas turbas que tanto desprecio les inspiraban. Esto fué la primera señal que anunció el rompimiento de las férreas cadenas en que yacían sujetos aquellos seres desgraciados. La desmoralización que introdujo el imperio entre todas las clases de la sociedad, vino después á borrar parte de las distinciones de clase; y aunque sin rebajar la aristocracia, disminuyó, sin embargo, la distancia que separaba á ésta de la democracia: los despóticos lazos de la antigua civilización romana fueron cediendo poco á poco, hasta que se rompieron enteramente ante el creciente y poderoso esfuerzo del pueblo y de los países conquistados; é invadiendo el derecho de gentes, el código civil, engendró el derecho honorario del pretor. Posteriormente, cuando los hierros de la esclavitud, cayeron por fin, ya no hubo más esclavos (*servi*), sino colonos (*inquilini*), unidos á la gleba, y como formando parte integrante de las tierras, con las cuales se les vendía; pero disfrutaron ya de derechos más latos, y mejor definidos, pasando por decirlo así, del estado de muebles, al de inmuebles. La esclavitud se convirtió en servidumbre, cuya condición era, al fin, algo menos dura; pero los principios continuaron siendo los mismos. El trabajador, siguió considerado como una especie de bestia de carga, sujeta incesantemente al trabajo, y cuyo producto, así como su sucesión, pertenecían al propietario. Sin embargo, por extraño que esto parezca, en esta inmovilización de su persona, en esa asimilación con el terrón de tierra que removía con su arado; encontró el proletariado una garantía y una salvaguardia tutelar, que le puso á cubierto de las violentas convulsiones que desgarraron al imperio romano, en su agonía.

Hacia la Edad Media, el establecimiento del feudalismo vino á dar una constitución más firme y regular á la servidumbre. Al abrigo del campanario y del almenado castillo, germinó y fué desarrollándose un hecho social trascendentalísimo, del que apenas, se percibieron los antiguos: tal fué la aparición de la industria. paulatinamente fueron introduciéndose algunas reformas; y con la ayuda de esta madre de la riqueza y con el esquilmo peculiar que el siervo pudo retener, éste, puesto en sus manos, dándole un poder desconocido, fué convirtiéndose en poderoso instrumento de emancipación; y paso tras paso, pudo ir desprendiéndose y libertándose de los onerosos derechos que pesaban sobre él. Los comunes fueron reunidos y emancipándose; creáronse las cofradías ó corporaciones gremiales y las maestras, y sus modestos peñones sostenidos por el poder real, convirtiéronse en otros tantos estandartes, que paulatinamente fueron conduciendo las últimas clases del pueblo, de la servidumbre, á la emancipación y á la libertad. Pero, cuántos trabajos, cuántos esfuerzos y cuántos sacrificios no tuvo que imponerse el proletariado para llegar á obtener la entera posesión de su pobre cuerpo, y el libre empleo de sus brazos y del producto de su trabajo!

Lutero, los enciclopedistas Voltaire y la revolución francesa acabaron nominalmente con el régimen feudal y con los odiosos privilegios de raza: la libertad, el derecho y la igualdad política y civil para todos los ciudadanos quedaron proclamados.

El obrero, teóricamente dueño de su persona y de su trabajo, empezó á ser juez y árbitro de sus intereses.

De aquí data verdaderamente el moderno proletariado. Sucesores del antiguo siervo, como aquél lo había sido del esclavo, los proletarios forman también en nuestros días la clase más pobre y más numerosa de la moderna sociedad. Pero á pesar de la inmensa diferencia que media entre la condición de unos y otros, á pesar de toda su libertad, á pesar de la igualdad y del derecho de poder salir de su esfera para remontarse hasta los más encumbrados puestos, que tan alto le colocan al lado de sus predecesores, no tiene

sin embargo, como aquéllos, la seguridad que no ha de faltarle el pan cotidiano; necesitan para su sustento. No sólo no puede aquél el misero terrón de tierra del que pueda obtenerlo con el producto de su trabajo; sino, que por Luena que sea su voluntad por mucha que sea su moralidad y aplicación por privilegiada que sea su inteligencia, robustez y su aptitud para el trabajo, no encuentra en ello garantía suficiente que le permita asegurar su subsistencia y la de su familia.

La independencia que le ha concedido la conquista de la libertad, ha disuelto todos lazos personales que existían entre el rico propietario y el antiguo trabajador.

En la organización de la antigua sociedad y de la Edad Media, el esclavo y el siervo hallaban individual y directamente ligado: bien que á título de *cosa*, mejor que á título de *hombre*, á la existencia misma de esta sociedad. Existía un lazo particular entre el esclavo, entre cada siervo y entre cada miembro de las clases privilegiadas; lazo permanente, garantizado por las leyes, á la vez por las costumbres y por el recíproco interés. El señor alimentaba al esclavo, le cuidaba sosteniendo, porque éste era una *cosa* que tenía su valor, que le producía, que formaba parte de su patrimonio, y la muerte, las enfermedades y la debilidad de estos individuos, para el propietario otros tantos motivos merma para su capital y para sus rentas. Existían otras razones para que obraran aquellos señores; eran éstas la necesidad rodearse de un núcleo de hombres de que suficiente para sostener su poder y para defender su propiedad y sus tierras, constantemente amenazadas por las incesantes invasiones á que mutuamente se entregaban poderosos de aquella época, que no aca más ley que la de la fuerza; de aquí la necesidad de mantener la más estrecha unión entre todas las clases, desde el orgulloso noble hasta el más humilde de sus siervos.

Hoy el proletario no posee más que brazos, que alquila como instrumentos al pietario, al industrial ó al contratista necesite utilizarlos, mediante un salario previamente estipulado.

Esta independencia, esta libertad, esta titución del salario, en vez de la antigua servidumbre, son hasta cierto punto una conquista relativamente importante, tanto desde el punto de vista del proletariado, como el de la dignidad del hombre; pero aun que por resolver, entre otros, el pavoroso problema del salario, y este sólo puede resolverse por la destrucción de las actuales clases sociales y la participación de todos en el patrimonio universal.

No cejemos

Esta es la frase que hoy día deben presentar todas las clases desheredadas fortuna, condición que involucra ya el obrero; palabra que lleva como complemento el vivir no para sí sino para los demás modo que en lugar de trabajar el trabajo necesario para coadyuvar á la producción universal, esa producción indispensable el sostén y recreo de la especie humana ante su corta estancia en la Tierra, tra no como un solo individuo, como una célula de esta gran colonia celular llamada Universo, sino que trabaja ó produce un exceso que una minoría de los hombres tienen; esos obreros no diré como esclavos (bien habían sido,) pero sí, como máquinas destructoras de cuanto existe, para solaz y recreo de esa susodicha minoría.

Cuidado que con ser el hombre el privilegiado con esta organización superior, los cuantos lo rodean, y por lo cual se dice que de los demás ó sea siente, piensa y vive, resulta probado es el que más daño duce aún en su misma especie, cosa que ningún otro orden de organismo su (siempre y cuando tengan los elementos necesarios para entrambos) como al ho

ocurre: Porque hoy está plenamente demostrado por los mejores sociólogos, que bastan tan solo 4 ó 5 horas de trabajo de cada hombre para producir y hacer producir al suelo todo cuanto se necesita para subsistir de la misma manera (quizá mejor) un número mayor de habitantes de los que actualmente ocupan la tierra; eso nos lo dicen sabios como Kropotkin, Zola, Unamuno, etc., después de un detallado y concienzudo trabajo de los habitantes sus producciones y sus consumos; ved, pues, como produce un daño, puede que el más injusto que entre los hombres puede producirse. ¿Por qué razón han de existir estos privilegios? ¿Acaso entre los hombres hay subespecies? Sin duda alguna debemos contestar negativamente. Nos dirán que esa minoría, esos acaparadores se distinguen del obrero por su talento, por su mayor inteligencia; argumento al que podemos contestar que son tantas las excepciones que existen, que sin miedo á equivocarnos afirmamos está el desarrollo de la inteligencia en razón inversa del capital que un hombre posea, y luego, aunque así fuera, ellos son los que privan á los desheredados el que lean, se instruyan y eduquen, puesto que en último resultado mantienen toda clase de oscurantismos restringiendo as libertades todas y cada una, desde el idioma burgués, ocupándole un exceso de horas, hasta la primera autoridad de una nación apoyando á éstos y á cuantas religiones tiendan al mismo fin; pasad revista de los pueblos y veréis que cuanto más libres son, más instruidos se encuentran y por ende menos distanciados se hallan el capital y el trabajo; fijaos que á medida que la civilización avanza, tienden cada vez más á ser libres dichos pueblos; es ley natural el que una región quiera emanciparse del yugo que le oprime, de sus gobiernos, así como lo es el que una clase de hombres, sea la que fuere, quiera emanciparse de sus opresores, de sus burgueses.

Esto que vemos sucede en todas las manifestaciones de la vida ¿por qué no debe suceder á una determinada clase cual es la de dependientes de farmacia? Lógico será el que acate las leyes naturales, no podemos presumir sea ésta una excepción.

Motivos tienen y hora es ya de que despierten, sobrado tiempo han estado sumidos á las voluntades, á las exigencias, en una palabra, á las tiranías de una clase que por razón de poseer un título académico y un despacho (que transforman en vulgar tienda) tienen el deber de ser instruidos cuantos á ella pertenecen, y por lógica deducción saber subvenir mejor á las necesidades de la vida de cuantos, por desgracia y en mal hora, tenemos necesidad de estar á su lado por más ó menos años.

No en vano vienen dichos auxiliares de farmacia, luchando con su nutrida asociación de unos años á esta parte. Hânse conseguido resultados positivos; se ha establecido una solidaridad infranqueable y jamás vista entre nosotros; se ha adquirido de todas las clases sociales un respeto digno de encomio y por fin es de esperar se logre en breve plazo, un mejoramiento material.

¡Haced, pues, la conveniencia, la necesidad de no olvidar la frase «No olvidemos».

L. BERNET.

Se nos ruega, y trasladamos el ruego á la buena prensa, la inserción del siguiente aviso:

A la Juventud

La Escuela Moderna, en vista del buen éxito obtenido con su instituto inicial, y deseando extender progresivamente su acción salvadora, invita á los jóvenes de ambos sexos que deseen dedicarse á la enseñanza científica y racional y tengan aptitud para ello, á que lo manifiesten personalmente ó por escrito, á fin de preparar la apertura de sucursales en varios distritos de esta capital.

Calle de Bailén, 70, 4.º, Barcelona.

Los Católicos

Reconocemos que tanto en el clero como entre los laicos, hay todavía católicos que no carecen de sinceridad, de inteligencia ni de fe. Pero examinemos esa fe.

Esta categoría se compone generalmente de individuos de espíritu recto, de carácter noble y dulce, de corazón delicado y caritativo á quienes falta resorte ó iniciativa; que no se atreven á pensar; que no buscan, porque tienen miedo de encontrar, y temen llegar al término de sus deducciones. Son buenos, pero timoratos: no quieren discutir consigo mismos, y aperebiendo, sin querer verlas, ciertas verdades evidentes, se prohíben deducir las consecuencias porque presienten que han de ser contrarias á la fe que quieren guardar.

—¿Cree usted, se les dice, en el pecado original? ó por el contrario, ¿considera usted que cada uno es responsable de sus obras?

—Convengo en que creo mejor lo segundo que lo primero cuando no consulto más que mi razón.

—¿En ese caso usted prefiere la doctrina de la prueba á la de la caída para explicar el destino humano?

—Así lo declaro.

—Note usted que no creyendo en la caída no hay necesidad de creer en la rehabilitación.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo: no puede rehabilitarse más que lo decaído, lo desacreditado; si no hay caída no hay redención.

—¡Alto ahí! á la caída me atengo.

—Eso es huir.

—Es que veo á donde usted me conduce.

—Tenga usted buena fe. Hemos sentado un punto; que no creemos en el pecado original, ni por consecuencia en la redención. Y ahora añado: ni tampoco en el redentor.

—¡Oh, no me haga usted decir eso!

—No soy yo quien lo dice, es la lógica, es usted mismo, es la lógica. Pero respondame con sinceridad: ¿cree usted en la encarnación de Jesucristo?

—Es un misterio.

—¿Pero cree usted en él?

—Sí.

—Es decir, usted cree, como yo, que es un sublime símbolo?

—Creo más: creo que es una idea necesaria á la humanidad, la de acercarse á Dios por medio de un mediador.

—Por último, sea usted sincero; ¿cree literalmente en la encarnación, ó sólo cree simbólicamente?

—No sé.

—No sabe usted. Eso no es responder. Yo le pregunto si cree literalmente y sin metáfora en la divinidad de Jesucristo.

—Creo que es divino.

—¿Cree usted que es Dios?

—Creo que es el Verbo divino.

—Pero ¿cree usted que es Dios?

—No quiero discutir eso.

—¿Se niega usted al combate?

—Sea: sobre ese punto al menos.

—Entablemos la discusión sobre otro punto. Después de haber tomado las cosas por el principio, tomémoslas por el fin. ¿Cree usted en un infierno y en una gloria de penas y de felicidades materiales.

—Materiales, no.

—No cree usted con la Iglesia en la resurrección de los cuerpos *resurrectionem carnis*?

—No aparentemente.

—Pero ¿cree usted que las penas, materiales ó no, sean eternas?

—Declaro que, á pesar de todos los razonamientos de los teólogos y de todos los esfuerzos de mi fe, creo lo contrario, y creyéndolo me parece que rindo homenaje á Dios.

—Conformes. Imagino en vano los crímenes más horribles; nunca podré concebir que sean castigados eternamente. Si un hombre pasase su vida en blasfemar, vendiese su país, matase á sus padres, mereciera ser castigado con horribles torturas durante miles, millones y billones de años ó de siglos; pro-

longaría la espaciación á gusto de la Iglesia; pero no comprenderé jamás que sea justo un castigo eterno. Estamos de acuerdo sobre este punto. Pero atienda usted: de lo que hemos hablado resulta que usted no cree en el pecado original, base de la religión católica; ni en la eternidad de las penas, que es su corronamiento; ni en la redención, que desaparece si no se admite la caída; ni en la encarnación, aunque no quiera usted confesarlo (porque es evidente que sólo cree en ella como en un símbolo, en algo semejante á los avaluas ó encarnaciones de Visnú). Y no hablamos del misterio de la Trinidad; porque si á Dios se le quita el hijo, no sé en qué vendría á parar el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, no quedando más que el Dios padre. Vea usted dónde ha llegado al cabo de algunas palabras, por sus solas respuestas y sin que os haya hecho ningún razonamiento. ¿Y aun quiere usted ser católico?

—Es que me atengo preferentemente á la moral. ¿Quiere usted que le revele el fondo de mi corazón como si estuviese delante de Dios? Es este: es verdad, quiero ser católico; pero más verdad aún, soy cristiano; creo en la doctrina celestial del Cristo, creo en la divinidad de su moral.

—Usted juega con las palabras *celestes* y *divinas*. Entonces cree usted en la divinidad de la moral de Sócrates, en la doctrina celestial de Platón, de Cicerón, de Séneca; porque lo cierto es que no hay una idea, ni un sentimiento, ni siquiera una palabra en la llamada moral cristiana que esos filósofos no hayan expresado ni formulado antes que Cristo.

—¡Bah!

—Nada más cierto. Desafío á usted á que me cite una palabra, una máxima, un precepto, una delicadeza, una belleza, algo exquisito ó sublime que no pueda mostrar escrito en las obras de esos filósofos antes de escribirse en el Evangelio.

—No citaré más que una. Señáleme usted entre los escritos paganos este pensamiento: «Haced bien á nuestros enemigos».

—Tomo el primer tomo de Séneca y leo (hablan los estoicos): «Hasta el último momento de nuestra vida nos prodigaremos sin descanso, no cesaremos de dedicar nuestros cuidados al bien de todos, de ayudar á cada uno, de hacer bien con dulzura á nuestros enemigos; *open ferre etiam inimicis, miti manu.*» Ya ve usted que los estoicos no dicen solamente *hacer bien á sus enemigos*, sino que, por un pleonasmo que viene á ser como un exceso de caridad, añaden: «con dulzura con mano suave, *miti manu,*» y no concedido de cierto modo que parece el golpe de una venganza más bella y más fuerte. Si me cita usted esa frase como lo más divino del Evangelio, me parece que la de Séneca puede sostener muy bien la comparación.

—Triunfa usted por un pasaje, por una expresión encontrada al azar.

—¿Quiere usted otros de Séneca: «Seré agradable á mis amigos, fácil y dulce á mis enemigos y me enterneceré antes de ser rogado...» —«Mucho más humano es ser dulce como un padre para los que han pecado, y atraerlos en lugar de perseguirlos.» Y en otros textos: «Sed para vuestros conciudadanos lo que queréis que los dioses sean para vosotros. ¿Desearís encontrar dioses inexorables para vuestras faltas y para vuestros errores, dioses que se venguen hasta el fin? ¿No es esta la idea que se encuentra en el padre nuestro: «Perdonanos nuestras ofensas, como nosotros perdonamos á los que nos han ofendido?»

—Note usted que Séneca dice: *Sed tal para vuestros conciudadanos, y no para todos los hombres.*

—Me obliga usted á mostrar por otros pasajes que el sentimiento de la fraternidad humana se encuentra expresado en Séneca tan explícita y tan elocuentemente como el de la caridad: «Viviré como un hombre nacido para todos los hombres, y bendeciré la naturaleza.»

—Esa frase es vaga: cítome usted algo que signifique: *prójimo como á ti mismo*, y ya no diré una palabra.

—Eso no es difícil: me basta recordar la

admirable carta á Lucilio sobre los esclavos, á quienes debemos tratar como hermanos: «¿Són esclavos? ¡Decid que son hombres! ¿Són esclavos? ¡Decid que son para vosotros humildes amigos! ¿Són esclavos? ¿Y no lo sois vosotros mismos?...» y así la continuación. Pero ¿qué necesidad hay de citar íntegro esta página sublime, que usted conoce sin duda y que se debilita traduciéndola. Haga á usted gracia de los otros cuatro tomos de Séneca, en los cuales encontraría mil ejemplos y no me remontaré hasta Cicerón, quien decía: «La ley de la naturaleza que todo hombre haga bien á su semejante, quien quiera que sea, sólo por el hecho de ser hombre como él.»

—Pero éstos sentimientos admirables han quedado entre vuestros filósofos en estado de preceptos y de teorías; únicamente el cristianismo los ha puesto en práctica. Usted me manifiesta entre los paganos, y yo lo acepto, la caridad y la fraternidad humana escritas en todas sus letras, pero en ninguna parte en acción y en obras.

—Supongamos que eso fuera verdad, ¿qué es más meritorio, el hecho que procede de la idea, ó la idea que precede al hecho y que lo ha producido? ¡Y aun este hecho es tan lento porque la práctica y las obras han venido tan tarde, que hay motivo para dudar si han de atribuirse al cristianismo ó al progreso de la humanidad. En efecto: ¿por qué ha comenzado el cristianismo? Pues por un ascetismo estéril, por esa sed de soledad y maceración que, si se hubiese generalizado, hubiese puesto en peligro la existencia misma de la sociedad humana. Las puerilidades ridículas, pueras ó repugnantes de santos como Simón estilita, Auxencio y muchos otros; las lastimosas locuras producidas por el ayuno y la fiebre en esos solitarios de cráneo calvo bajo el sol de la Tebaida, ¿creo usted que hayan sido muy útiles á la humanidad?

—Me bastan dos palabras para refutar todos esos razonamientos: el cristianismo es el único que ha hecho la limosna; el cristianismo es el único que ha abolido la esclavitud.

—Respecto de la limosna supone usted arbitrariamente que los antiguos que la prescribían no la practicaban, en cuanto al cristianismo, casi todo el tiempo lo emplea en acaparar las almas cuyo cuerpo ha alimentado, y también, si con frecuencia practica la limosna, más frecuentemente la pide. La religión católica ha merecido con justicia ser llamada religión de mendigos. Y sobre la abolición de la esclavitud, ya sé que es una opinión transmitida y recibida sin examen; pero sé también que es absolutamente falsa. Dígame usted qué concilio ó qué bula abolió la esclavitud, dígame usted qué papa ó qué obispos la han condenado tan explícitamente como Séneca. La esclavitud antigua con todos sus horrores ha sido restablecida en las colonias contra los negros, ¿ha protestado jamás la Iglesia contra ella? Tan poco ha participado el cristianismo en la abolición de la esclavitud, cuanto que la ha mantenido y conservado bajo su segunda forma la servidumbre, tanto como le ha sido posible, y en la actualidad libra combates supremos para perpetuarle sin fin bajo su tercera forma, el proletariado. En tiempo de la revolución la servidumbre estaba abolida y el clero aun tenía siervos, y los siervos del clero fueron emancipados por la Asamblea Constituyente, procedente de la filosofía. Esa es la verdad. Acabe usted, pues, de atribuir á la moral cristiana lo que, por lo menos, es tanto obra de la moral pagana y de la razón.

EMILIO DESCHANEL
profesor del Colegio de Francia
miembro del Instituto.

Tomado de *La Raison*, de París, publicamos esta crítica de la religión, juzgámbola útil para la desprotección de nuestros compañeros de trabajo.

En las naciones que envejecen suelen trocarse las edades. Los niños hacen decrepitos; la lozanía juvenil es distintivo de la ancianidad.

ALFREDO CALDERÓN.

Al Soldado

Tú has abandonado la esteva, el martillo, el buril, la sierra, el telar, etc., esto es, el campo, el taller, la fábrica, la mina, el escritorio, etc., donde enriquecías á la sociedad para manejar un fusil contra quien te mande un desconocido galoneado, al que por fuerza obedecerás ciegamente.

En vez del calor de la familia á la que sostenías con tu trabajo, á las palabras dulces y las miradas risueñas de la joven prometida, te verás ante superiores adustos y sometido á unas ordenanzas en consonancia con la profesión á que te dedicas y que no detallaré porque no quiero dormirte con kilométricos trabajos desechados ya en la prensa de combate; quiero sólo recordarte que has sido obrero hasta el día que pisaste el cuartel, y que lo serás cuando le abandones si tienes tal suerte.

Y habiendo sido obrero y esperando serlo mañana, ¿con quién debes de unirte? Con tus compañeros que no son otros que los trabajadores.

Piensa que los obreros tienen usurpados sus derechos y sólo conocen los deberes que se les imponen y éstos consisten en mantener en la hartura á muchos zánganos, mientras que ellos mueren de fatiga y de anemia cuando no de hambre; y, para reclamar alguna mejora, no tienen más camino que acudir á la huelga.

Y es indudable que la huelga cuanto más general más eficaz serán sus resultados.

Pues bien, á esa huelga caminamos y con nosotros millones de proletarios que aunque no profesen nuestro ideal piensan como nosotros en el procedimiento que se debe emplear para acabar con el mal social.

Y á ti, soldado inocente, te sacarán del cuartel y te pondrán frente á los obreros y procederás contra ellos porque no los conoces, porque estás en Barcelona y eres de Badajoz, ó en Valencia siendo de Coruña, ó en Cádiz siendo de Bilbao, etc., etc., sin acordarte de que los hijos, sobrinos ó primos de los que tienes enfrente son á la vez tus padres, hermanos, tíos, primos ó amigos, porque siendo de Barcelona, Valencia ó Cádiz, están en Badajoz, Coruña ó Bilbao.

Piensa, soldado; piensa sobre tu situación; piensa en lo que has sido y en lo que serás y cuando te señalen como enemigos los trabajadores huelguistas, piensa en que con ellos están tus afectos y tus intereses.

Piensa en aquellos soldados que al verse ante el pueblo rebelado contra la tiranía dejaron á sus jefes, diciendo: «También nosotros somos pueblo, mostradnos el enemigo».

VINDUONA GOTHIA.

Movimiento Social

Los sin-trabajo, los que sufren directamente las consecuencias de la usurpación capitalista y de la crisis industrial, se agitan en todos los países donde la civilización actual está en liquidación.

En Alemania la crisis es grave por su extensión, y en la misma capital se ofrecieron hace algunas semanas sus primeras manifestaciones, á pesar de la soberbia de aquel emperador medioeval que sirve de tapadera en aquel país á la usurpación burguesa.

En Hungría la situación es dolorosa; últimamente ha habido en Budapest amenazadoras manifestaciones: los sin-trabajo intentaron invadir la Cámara de diputados, á los gritos de «¡abajo los magnates! ¡abajo el parlamento del privilegio!» dando lugar á que la policía cumpliera con su triste misión.

En Dinamarca, en varias poblaciones y principalmente en Copenhague ha habido manifestaciones del mismo malestar.

En Italia la anomalía es su estado normal, y las manifestaciones del hambre á nadie causan extrañeza.

En Inglaterra el estruendo patriótico-jingoista no deja percibir los bostezos de los hambrientos, á los que por otra parte ya están acostumbrados los ingleses.

En Francia, apartando la vista de T donde los desheredados entregan pacientemente la cerviz á la miseria, véase la agitación proletaria en Lyon, manteniendo viva la tradición revolucionaria que no puede interrumpirse ya hasta el término de esta época transitoria que atravesamos y que terminará el triunfo del ideal proletario.

La huelga del arte metalúrgico continúa como el primer día, sin preverse una solución. El gobernador, que parece había tomado cartas en el asunto, ha hecho todo lo posible para que no se indignara el p. de Navidad á nuestra clase burguesa y lo conseguido. Ante la amenaza de un acto de solidaridad de las sociedades de resistencia hacia los huelguistas, se ha decidido por á invitar á patronos y obreros para bus una fórmula, que, á la hora que escribiera estas líneas, último día del año, no se ha encontrado todavía.

Los burgueses del arte metalúrgico siguen sin preocuparse de nada, negándose á la demanda de los obreros, esperando, sin duda alguna, que se rindan por hambre, y eso contar con las consecuencias, porque e infeliz burguesía inspirada por el odio a clase, es incapaz de previsión.

No nos extraña la conducta de los patronos y hasta cierto punto la encontramos justificada. Los que en Montjuich se vengaron infelices obreros sólo porque, más infelices que la masa, tenían ideales hermosos: eran la vanguardia del proletariado barcelonés, también lo harán ahora.

Y como aquella burguesía es la de hoy, ni ha cambiado la piel ni tiene otro amor al becerro de oro, nada tiene de particular que nuevamente quiera martirizar, envíe preso ó malar á los que ahora, como entonces, por su amor y altruismo se distinguen en la huelga que nos ocupa.

Conste que sólo apuntamos lo que creamos está en la mente de nuestra hipócrita burguesía, que no es ilustrada ni humanitaria no tiene otro alguno que le haga simpático en cambio desde el año 1890 hasta nuestros días el martirio obrero barcelonés es lleno de reivindicaciones proletarias que han sido ahogadas en prisiones, martirios y fusilamientos...

Y la pasividad de que dan pruebas autoridades y patronos, ciertas indicaciones en señal de amenaza, y las visitas á hombres de recta conciencia y de ideales elevados y justos, nos hace suponer que algo tramaban los eternos enemigos del proletariado, para encerrarle por algunos años, á fin de que puedan los que convierten la Tierra en val de lágrimas, vivir contentos sin que nadie les turbe la regalada vida de bestia satisfecha.

No nos cansaremos de repetirlo. De la burguesía barcelonesa, que ayer era proteccionista como hoy es catalanista y mañana será republicana, pueden esperarse toda suerte de atentados contra la dignidad humana representada en esos trabajadores que *piden siempre pedir* un poco de amor, una hora menos de explotación diaria.

Lo que hicieron antes en Montjuich lo atraerán y procurarán que de nuevo el fatidico castillo sea el baluarte de su negra conciencia. ¡Malditos seáis, escoria de la sociedad!

Se han declarado en huelga los carreteros de Barcelona y pueblos del llano, en número de 8,000 por no acceder los patronos á una insignificante demanda. Con motivo de esta nueva huelga quedan paralizados los muelles. Los huelguistas en total se acercan á 1 cifra de 22,000.

En este estado nos encontramos al dar esta nota á las cajas, el día 2.

En la prensa local del día 3 encontramos esta noticia:

«A las dos de esta madrugada nos comunicó el Gobierno civil que en la reunión celebrada por los comisionados de los obreros y patronos carreteros quedó solucionada la huelga, por haberse llegado á un acuerdo satisfactorio para ambas partes.»

eguramente —según también se nos ha
reanudarán esta misma mañana el
njo los obreros carreteros.»
si nos encontramos a la hora de cerrar el
aero en la mañana del día 3.

Misceláneas

temos aumentado la lista de nuestros
corredores con el nombre de PAUL ROBIN,
hombre de Compuis, como se llaman en
cia por su famoso colegio establecido en
ella localidad, dedicado a la enseñanza de
nfancia y de la adolescencia de ambos
os sin preocupaciones tradicionales ni
vencionalismos burgueses. Su nombre es
más conocido por los antiguos internacio-
es como amigo de Bakounin y de Fanelli
er haber formado parte de la Alianza de
democracia Socialista.

Paul Robin ha fundado una liga y creado
periódico con el título de *La Regeneración
mana*, destinado a llamar la atención de la
se explotada sobre los inconvenientes de
er numerosa prole.

uzgando de interés el asunto y deseando
nuestros compañeros estudien este nuevo
esto de la cuestión social, nos complace-
en ceder nuestras columnas á tan nota-
pensador.

temos recibido el número 40 de *La Práctic-
de Farmacia*, quincenario, órgano de-
sor de los intereses morales y materiales
los Dependientes de Farmacia de España,
20 de la Sociedad de Dependientes de Far-
cia de Cataluña. Hermosa doctrina, len-
je franco y enérgico, resulta un valiente
hador proletario. Aunque nacido por la ins-
cción de los intereses de clase, la lógica le
a á ser un buen hermano y compañero de
os los trabajadores. De él es el artículo
cejomos» que nos complacemos en re-
ducir.

temo á la vista el número 4 de *Germinal*,
Madrid, excelente revista sociológica. Su
ura ilustra y anima. ¡Adelante! ¡Duro y á
cimientos!

El Porvenir del Obrero trae un hermoso
artículo titulado «¿Con los republicanos?» en
el cual se hacen buenas consideraciones, se lee:

«¿Quién puede asegurarnos que los fusiles
ejército de la República hayan de ser me-
mortíferos que los que ahora se usan en
Jorruña, en Sevilla y en Cádiz?...»

Vosotros, vienen á significar en sus pre-
aciones, los socialistas y anarquistas, nos
daréis á instaurar nuestro gobierno; una
logrado esto, nosotros quedaremos en lo
3, gozaremos del poder, mientras vosotros
tinuaréis en la misma situación de ahora,
y un poco más de libertad—la que quera-
s concederlos, puesto que haremos las le-
y y dispondremos de la fuerza—para la pro-
funda de vuestras ideas; á no ser que
béis el orden, nuestro orden, con las lu-
tas económicas, pues en tal caso ahogare-
is, como la republicana Francia, las huelgas
sangre proletaria; ó secuestraremos conti-
nes obreras, como la República del Norte
érica, abandonándolas para que mueran
playas desiertas; ó, si alguna otra nación
clama, os expulsaremos como hace la fede-
Suiza.» Verdaderamente, es un plan her-
oso... para los republicanos.»

Allá va una «morcilla histórica».
«Morcilla histórica»; he aquí un título apro-
piado gráfico y expresivo para relatar el su-
so que motivó la erección reciente de una
eva estatua añadida al conjunto de las que
van las calles de París.

Cuéntase que cuando el golpe de Estado de
ipoteón III, á una excitación bélica del di-
tado Baudin dirigida á unos obreros, res-
ndió uno de éstos:

—¡Sí, nos haremos matar para conservar
usted sus veinticinco francos!
Y el diputado, en un arranque heroico, re-
có:

—¡Ahora veréis como se matare po. «Lati-
cinos francos!»

Y subió á una barricada de donde cayó atra-
vesado de un balazo.

Pues ahora resulta, según la prensa radical
de París, que el episodio es falso, y no es más
que una morcilla republicana en pro del
heroísmo político-burgués y en contra del
movimiento emancipador obrero; algo seme-
jante á lo que hacen los malos cómicos cuan-
do añaden una frase de su cosecha para obte-
ner un aplauso.

¡Ya me lo temía yo! Con morcillas de esas se
mantiene el patriotismo, la religión de nues-
tros padres, la propiedad, la familia y todas
aquellas frases gordas de brocha idem con
que los señores del privilegio tiran á los tra-
bajadores.

Hemos recibido y agregamos á la lista del
cambio, *L'Emancipation*, periódico libertario,
de Bruselas. Se publica tres veces por sema-
na, martes, jueves y domingos. Tenemos á la
vista los seis primeros números llenos de
excelente doctrina. En él nos inspiramos
para componer nuestro trabajo sobre el mo-
vimiento obrero internacional. —*La Lucha*,
de Vigo; *La Voix du Peuple*, órgano de la
Confederación general del Trabajo, de París;
A Oeiva, órgano de los carpinteros civiles y
del proletariado en general, de Lisboa. El
repasso de los dos números primeros que he-
mos visto nos ha satisfecho, porque hemos
hallado amabilidad, seguridad de criterio re-
volucionario y buen rumbo hacia el ideal.

Comunicaciones

El grupo denominado «Jóvenes Comunis-
tas» de La Línea ha cambiado su dirección,
rigiendo ahora la siguiente:

Vicente Jiménez, calle de Angel, patio de
Rolgado, La Línea, Cádiz.

Hemos recibido una hoja firmada por varios
trabajadores de Uheda, excitando á sus com-
pañeros locales á la agrupación en nombre de
la Anarquía. Es un documento breve, bien
escrito, mejor pensado y sin duda hondamen-
te sentido por sus firmantes, en quienes nos
complacemos en reconocer queridos compa-
ñeros.

En Badajoz se ha constituido un grupo
anarquista titulado «Fraternidad», que desea
corresponder con todas las entidades compa-
ñeras.

Dirección: Lorenzo Pinto, Alligidos, 65, Ba-
dajoz.

A las Compañeras

Salud.

El movimiento feminista se abre camino.
Un periódico que defienda nuestras aspira-
ciones es de suma necesidad para que nues-
tros ideales redentores penetren mejor en las
huestes femeniles. Por eso, un grupo de com-
pañeras de Valencia, ayudadas por todos
aquellos que han reconocido nuestra inicia-
tiva como buena, nos hemos propuesto publi-
car un periódico quincenal con el título de
La Humanidad Libre, escrito por mujeres de
España y del extranjero, reservando una se-
cción para aquellos trabajos que juzgemos
de oportunidad y de trascendencia que nos
envíen los hombres.

Para este fin contamos con la colaboración
de valiosas compañeras de España y de fuera,
pero nosotras, para que nuestro periódico re-
vista más variedad en los trabajos y en los
pensamientos, pedimos á todas aquellas com-
pañeras que se reconozcan con aptitudes de
escribir algún trabajo, nos ayuden en nues-
tra empresa.

No importa el idioma, pues nosotras nos
enorgueamos de traducirlos en español.

Deseamos también que los compañeros de
las diversas localidades nos comuniquen el
movimiento obrero y el feminista particular-
mente.

Si estas informaciones pudieran estar es-
critas por compañeras, mucho mejor; á las

... les r...os y... ante... qu... into
nos digna sea cierto, para que los adversarios
no tengan donde cogernos Deseamos, final-
mente, para regularizar la tirada, que los
corresponsales nos indiquen, lo antes posi-
ble, cuántos ejemplares desean.

La dirección provisional de *La Humanidad
Libre*, es Rosa Lidón. Borrall, 24, piso 3.º,
Valencia.

Amigas y amigos, manos á la obra, y que
cada uno cumpla como bueno.

Por *La Humanidad Libre*.—LA REDACCIÓN.
Valencia 15 de Diciembre de 1901.

Pedimos la reproducción en todos los pe-
riódicos libertarios del mundo.

Bibliografía

Hemos recibido una obra titulada *La Bestia*:
original de D. Ubaldo Romero Quiñones.

En la cubierta se lee el siguiente lema,
«Por la misericordia estamos en Dios.»

Lo confesamos ingenuamente no hemos
querido continuar.

Hemos recibido *La Huelga General*, folle-
to de nuestro amigo y compañero López Mon-
tenegro.

Precedido de un pequeño poema y una ex-
posición de motivos bien razonada y enérgica,
trata del asunto del título, allanando dificul-
tades y manifestando sus consecuencias re-
volucionarias.

Un ejemplar, 25 céntimos; 20, 3.75 pesetas.
Los pedidos á José López Montenegro,
Conde del Asalto, 163. 3.º 2.º, Barcelona.

Correspondencia Administrativa

Sabotell.—A. S. Hasta número 4 remitimos 25 que
importan 17.35 pesetas. Recibidos 17.75 faltan 40.
Castrogonzalo.—A. G. C. P. aumento de 15. Remite 20 atra-
sados. Libros de propaganda en *Revista Blanca* y *El
Proletario*. Tenemos sólo el *Libro Examen*.
Zorriqueta.—P. M. Remite bien. 1.º 50 hasta nueva orden.
Reus.—B. A. Recibo de *Productor* 1.21 pesetas importe
de los 4 números primeros.
Sevilla.—E. G. C. Recibo 2.50 pesetas importe de los
3.º 4.º id.
Barcelona.—A. M. Aumento de 3. Cuando os venga
bien.
Castellón.—A. B. Recibo otras 5 pesetas. Remite atra-
sados.
Linares.—L. C. Aumento de 5. Cobramos los 2.º 1.º.
Madrid.—V. L. id. de 16. Remite *Libro Examen*
Sevilla.—I. P. Servid suscripción. El precio está mar-
cado en la cubierta.
Madrid.—Benito Boloa. Remite 100 *Libro Examen*.
Tenemos á vuestra disposición 4 ejemplares (2.º 3.º 4.º)
pesetas) para los presos de la Prisión Española que el
compañero saizo Ernest de Marchi nos remite de
Warsaw. Servid suscripción á Sevilla.
Belbait.—M. L. Aumento de 15. Remite *Libro Exa-
men*.
Valencia.—Remite 15 más del 5.º 25 *Libro Examen* y
Sinopsis.
Alcañal.—G. M. D. Recibo 13 pesetas y outrego 6 á
Productor.
Andaluz.—V. G. Remite 6 *Libro Examen*. Aviso á *Pro-
ducto*.
Sevilla.—E. M. Recibo de *Productor* 13 pesetas. Gra-
cias. Tomamos nota de todo.
Narbonne.—R. G. Llegó carta sin mandat-post.
Saltillo.—F. C. Van 39 atrasados. Trae 10 hasta nueva
orden. California.
Madrid.—S. M. V. Remitiremos 5 hasta nueva orden.
Remitimos 6 *Libro Examen* y nota.
Castellón.—J. O. Aumento de 5. Remitimos los 10 atra-
sados.
Valencia.—J. S. Recibo 5 pesetas, pero no el sello. Par-
tid 3.º 2.º.
Castrogonzalo.—R. A. Recibo 7.75 pesetas. Está bien. Cam-
bio 10.º 11.º.
Castellón.—F. N. Remitiremos 5 hasta nueva orden.
Granollers.—T. A. id. id. id.
Murcia.—J. R. B. Recibo carta con saldo cuenta. Ade-
lante.
Castellón.—N. C. Aumento de 2. Remite atrasados.
La Línea.—V. J. Recibo 11 pesetas. faltan 20 cénti-
mos. Entrego 5 á *Productor*, 1 de las cuales van des-
tuidas exclusivamente para la suscripción de So-
lidad Internacional, y le avisamos que Correos no
nos entrega su paquete.
La Línea.—J. R. Recibo 5 pesetas. Gracias y adelante.
Alcañal.—D. R. M. Modifico paquete y remite 18 *Libro
Examen*. Dispongo no deinos prelos de impre-
sión. Carecemos de tiempo.
La Línea.—C. D. Recibo 5.75 pesetas importe 3 núme-
ros Diciembre. Remite 6 atrasados.

Biblioteca de LA HUELGA GENERAL

4 — *Libro Examen* . . . 25 céntimos.

A los corresponsales y paqueteros 30 por 100
El beneficio á favor de otras publicaciones.

En prensa: **El Hombre y la Sociedad**,
por ANSELMO LORENZO.

Borrás y Mestre, Impresores